

Hikari

Una poderosa máquina de velocidad

Ana Lucía Ramírez

Para Rosalinda, David y Sergio.

Existió un tiempo.

Un tiempo distinto.

El tiempo de los hombres caracol.

Seres de formas redondeadas.

Espalda y costado colocados en círculos.

Cuatro brazos.

Cuatro piernas.

Dos sexos.

Dos rostros.

Y una sola cabeza.

Cada noche en sus ojos las estrellas se posaban.

Desde allí ellos podían contemplar el universo.

Alumbrar los caminos.

Anticiparlos.

Un día se supo de un Dios que bajó del cielo y robó de sus ojos las estrellas, para desperdigarlas sobre el cosmos.

Entonces los hombres caracol enfurecidos se levantaron.

En medio de dentelladas y gritos coléricos, como hienas mutilaron a aquel Dios.

Zeus, al darse cuenta, lanzó un rayo.

Con este rayo partió a cada hombre en dos como castigo.

A partir de ese momento los humanos vamos por el mundo caminando por mitades.

Divididos.

Tratando de hallar esa otra parte que nos falta.

Así comienza el éxodo.

Pueden llamarme Nicolás.

Nicolás Parker Montes.

De los Montes de Chabarrillo y los Parker de Ensenada.

Soy Nicolás.

Tengo cuarenta años.

Y ésta es mi confesión:

Sí, yo maté a John Morrys.

Todo ocurrió hoy.

El día más largo de mi vida.

El día que sabía que era mí día.

Porque uno sabe cuando es su día, así como yo lo supe.

Desde que te levantas, ves el cielo, lo olfateas, y ese sutil olor a chicle Trident termina por corroborar que ese es tu día de suerte.

Pero debes ser cuidadoso, porque el olor es tan sutil que puedes confundirlo entre el smog, la mierda y las tantas manzanas podridas que hay en la ciudad.

Por eso debes jalar bien, a conciencia.

Y si una vez que jalaste a conciencia, el cielo sigue oliendo a chicle Trident, ahora sí, con completo conocimiento de causa, puedes ponerte a gritar machín:

Este es mi día, chingá y se chingan todos, putos. Porque este es mi día.

Y hoy todo va a salir bien.

Porque hoy quiero hacer las cosas bien.

Y entonces las cosas tendrán que salir bien.

Porque así es esto.

A todos nos pasa.

Una vez en la vida.

Pero nos pasa.

Si les ha pasado, lo sabrán.

Si no, entenderán de qué se trata, cuando de pronto el cielo tenga olor a chicle Trident.

Entonces.

Y solo entonces, será su día. Nunca falla.

Era lunes.

El estado del tiempo había anticipado un día especialmente soleado.

Era mi día de suerte y la agencia DHL y el clima parecían estar al tanto.

Acababan de entregarme un paquete.

Mi prótesis moreno de fuego nivel tres.

Casi seis años pidiéndola y nada.

Y no es ninguna casualidad que haya llegado este lunes.

Así como tampoco es casualidad que no le haya reventado el hocico, de un putazo, a la empleada del DHL después de carcajearse de mí y en mi cara.

Perdone es que, su nombre jaja, dijo después de que le mostré mi credencial.

Puede llevarse su paquete, jeje... Perdón, fue un mal chiste.

Moría por probar mi prótesis.

Así que fui a buscar un sitio donde estacionarme.

Cuando de pronto una mujer de la vida galante me interceptó.

Dijo que serían setenta lanas.

Una fortuna tomando en cuenta sus veteranos muslos.

Pero no pude resistirlo.

Y es que me encanta recoger putas en los estacionamientos, las veo tan indefensas que me da un no sé qué, como con los niños desvalidos.

Y las recojo.

No puedo evitarlo, por más que lo intento, no puedo evitarlo.

Así que las recojo.

No me queda de otra.

Cuando entré con esa damisela al estacionamiento del Walmart, juro que no sabía que él estaba ahí.

En verdad no lo sabía.

Si lo hubiera sabido, me habría anticipado.

Habría dejado a aquella tierna golfa en su rincón de siempre.

La habría dejado para correr tras él.

Porque el dañado, daña.

Así es esto.

Meto a la dama al auto.

La tomo por la cintura y la contemplo.

No es tan agraciada, pero qué importa.

El sexo es el consuelo para los que no nos alcanza el amor.

Y a mí ya no me alcanza para eso.

Concéntrate en sus muslos amplios, me repito. Concéntrate.

Pero nada.

Podría menearlo un poquito, le pregunto con cierta timidez.

Y ella lo menea.

Arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda.

Oh, esto sí me prende.

Siempre me han gustado unos buenos muslos, y los que ondean como gelatina, más.

Hoy es mi día de suerte.

Y mi primera vez, me digo.

Y es que esta era en verdad mi primera vez. Había tenido otras veces.

Pero esta era la primera con moreno de fuego como goleador.

Y una damisela de moral distraída en la portería.

Vaya forma de desperdiciar mi virginidad, pero no tenía otra opción.

Concéntrate.

Concéntrate en sus muslos. Vamos, vamos.

En los muslos, solo eso, los muslos.

Y en esas estaba, con el cierre abajo y moreno de fuego a punto de entrar en acción, con la cancha despejada, toda mía, mis órganos internos, aplaudiendo como en un estadio de futbol, pum pum... Estoy a dos de darle a esta gorda por el culo y...

Stop.

Lo vi pasar.

Desde el espejo retrovisor.

¡Es él!, me digo.

¡Ahuevo que es él!

Camina con su carrito hacia la entrada del supermercado.

Reputísima madre, es él y no vengo preparado.

Pero no importaba. Era él.

La gorda pelos rubios, con sus ricos muslos, y mi primera vez tendrían que esperar.

Porque ya eran lo de menos.

Era él.

Y lo tenía ahí.

De frente.

Bueno, ya no de frente, ahora de espaldas.

A unos dos metros o menos.

Quitó los veinte kilos de nalgas de mis piernas y abrí la puerta del auto.

Ey, mis doscientas lanas, gritó la rubia oxigenada de barriga grande y nalgas prominentes, mientras remojaba su vagina en alcohol etílico.

¿Qué haces?, le pregunto.

Me desinfecto, responde con cinismo.

Mi sexto sentido me indica que es mi olor a mojarra fétida lo que desencadena tan bochornoso episodio.

Efectivamente.

Mierda, lo dije o lo pensé.

Efectivamente, lo dije.

Efectivamente, sí que lo dijo.

¿Y así, como si nada?, le pregunté.

¿Cómo quieres que lo diga?, responde la damisela, al tiempo que limpia sus genitales con mayor intensidad.

Bueno, no importa. Tengo que irme.

Nel, tú no te vas.

Tengo que irme.

Ella jala de mi brazo.

Me empuja y vuelve a limpiar sus genitales.

No le prohíbo que enjuague su cosita, pero podría disimular un poco, por favor, me hace sentir mal.

Disimular ¿qué?

Que le doy asco.

No soy una hipócrita. ¿Por qué debo esconder que me das asco, si es verdad? Me das asco.

Desalmada, esta mujer tiene sensibilidad solo en el chocho, pienso.

Déjeme ir.

Paga mis doscientos y ya está.

¿Doscientos?

Doscientos.

¿Por qué?

Por meterme esa cosa.

Dijo que setenta.

Eso fue antes de olerte, maricón.

Cállese.

Maricón.

Solo quiero irme de aquí.

Maricón.

John Morrays puede escaparse.

Maricón.

Que se calle, le advierto.

Pero ella grita.

Grita.

Más y más fuerte.

Maricón.

Detesto sus gritos.

Me recuerdan esa mañana, a Rosalinda en medio de todos.

Tengo que irme. John Morrays está ahí, dentro del Walmart y tengo que ir tras él, le explico.

¡No!

Qué no entiendes.

¡No!

Era verdad, las rubias oxigenadas son igual o más pendejas que las de a de veras.

Escucho el grito de nuevo.

Págame mi lana, maricón.

Y entonces, sin pensarlo cierro el puño y le estampo un putazo, que más que putazo me parece un roce.

Aunque ella opina lo contrario.

Me chingaste la cara, hijo de puta, dice con la voz quebrada y el cuerpo contraído.

Me chingaste la cara.

Lo siento, no fue mi intención.

Abro la puerta y la arrojo al pavimento.

Salgo del auto, verifico que los seguros estén bien abajo, trabo bien fuerte el bastón de seguridad, no sea que esta culera me quiera chingar algo.

Y corro tras él.

Comienza la lluvia.

Entro al Walmart.

Camino por los pasillos.

No está.

Uno, otro, otro.

Nada.

Llego a las cajas.

Y antes de retroceder...

Lo encuentro.

Eran las once y cuarto de la mañana.

Y a estas alturas la mañana parecía anticiparlo todo.

Era mi día de suerte.

Llovía.

Y el viento.

El puto viento arrojaba bofetadas de agua negra como hoy, de un lado a otro, intentando detenerme.

Pero no había marcha atrás.

Tenía a John Morrys, al mismísimo John Morrys, frente a mí después de veinte años.

El vejete de pellejo colgante.

Pusilánime.

Inservible.

Pero feliz.

Siempre feliz.

Con esa jeta de paleta "Payaso" que tanto me irritaba.

John sale del Walmart y yo tras él.

Corro hacia mi Hikari, lo abro.

Quito rápidamente del volante el bastón de seguridad.

Mierda, está bien apretadito.

Tengo que darme prisa, pienso. No puedo perderlo. No puedo.

Quito el bastón y voy hacia él.

Me le pongo por detrás.

Elevo el bastón.

Se lo ensarto en el cráneo y ...

Oscuro.

Bolsas del Walmart caen al pavimento, dentro de ellas tres yogurt Activia y un paquete de pan Bimbo sabor linaza.

Debe tener problemas para evacuar, pienso.

Aquí viene una parte que no recuerdo del todo.

O quizá la soñé, no lo sé.

Cuando volví a mi Hikari, después de golpear a John Morrys.

La rubia prominente seguía tirada.

Paga mis doscientas lanas, me volvió a decir.

Yo estaba encabronado, me había ofendido. Así que pensé en meterle otro putazo, pero algo en su rostro me dió lástima.

No logro atinar qué.

Quizá el rojo chorreando en su nariz, no sé.

Ella abrió la boca.

Sacó su dentadura.

Y la limpió con el holán blanco de su minifalda.

Era como ver a mi abuela ante el santísimo.

Los mismos ojos reventados.

Y el chipo chueco.

Quizá sea ese aire tan familiar lo que me provocó una mezcla de tristeza y asco.

Subí al auto.

Bajé la ventanilla y ella exclamó:

¡Eeae o eas oee!

¿Qué?

¡Eeae o eas oee!

¿Qué?

Que me pagues, no seas ojete, repite ya con la dentadura puesta.

Mira cómo me dejaste. No voy a poder mamarla en tres días, cabrón.

Le extiendo un billete de cien y la veo partir, perderse entre los autos del estacionamiento del Walmart de a poquito.

¡Ey, sobran treinta varos!, le grito.

Me lleva la verga, demasiado tarde. Se peló.

¿Porqué soy tan sensible?, pienso. Más valía haberle dado otro putazo.

Eran apenas las doce del mediodía, el cielo ya había perdido su olor a chicle Trident y llovía.

Ese es mi problema, confío demasiado en los pronósticos, en el estado del tiempo y en los demás.

Pero sobre todo en los demás.

Y tarde o temprano algo falla y salgo perdiendo.

Quizá sea que el universo completito está hecho por mitades: mitad ruindad, mitad cariño.

Aunque no entiendo por qué a mí siempre me toca la parte más jodida.

Hasta el día de hoy, llevo nueve meses viviendo en mi Hikari cromado color cebra.

Nueve meses.

Es la tercera vez que lo hago.

La primera fue a los trece cuando me robé a la Goya.

La segunda cuando me fui de casa.

Y la tercera es esta.

Vivo aquí desde que mi mujer y yo cortamos.

Es una sutil forma de decir que me mandó a la verga.

Por mierdero.

¡Eres una mierda!, me gritaba desde el balcón.

¡Una mierda!

Déjame entrar Mini, está lloviendo.

Ni madres.

Me va a hacer daño.

Ni madres.

Es mi casa.

No, papá, es mía, puesto que está a mi nombre. Es mía.

Yo la pagué.

Pero es mía.

No seas mala, ¡ábreme!, le imploraba parado en medio de la calle con la tormenta cayendo sobre mí.

Ojalá te parta un rayo en seis, respondió.

Pero yo ya estaba dividido, fragmentado. Incluso antes de perderla.

Mini, no seas mala, ¡ábreme!

Que no, por mierda.

Cómo no pensabas en lo mierda que era, en los ocho años que mantuve a los hijos

de tu ex.

¿Qué dijiste?

Nada.

Te escuché, imbécil. Tenías que mantenerlos, son mis hijos.

Con tu ex.

Ves cómo eres una mierda.

Y no la sacaba de ahí.

Pero la verdad era otra.

Y muy distinta.

Desde niño supe que era diferente.

Porque lo era.

Lo soy.

Y es que estaba fragmentado.

Dividido.

Como aquellos ridículos rompecabezas de Marilyn Monroe hechos cuadros.

Y debía completarme para poder sobrevivir.

Mi madre trataba de ocultar esas diferencias todo el tiempo. Cada vez que le preguntaba por qué era distinto, me decía lo mismo.

No es que seas distinto, es que vienes de otro planeta.

¿Como Superman?

Ajá.

Y yo me la creía.

Soy el segundo hijo de los dos que procrearon Sara y Max, mis padres.

Y soy gemelo.

Bruno y yo nacimos el mismo día.

A la misma hora.

Con tan solo un minuto de diferencia.

Dos gotas exactamente iguales.

Escuriendo del mismo grifo.

Una detrás de la otra.

Pero con un destino propio.
Igual de aberrante, pero propio.
Bruno, además de ser mi mejor amigo, era mi protector.
Y no solo mío, el de todos en la escuela.
Porque Bruno era aguerrido.

Un día, cuando estábamos en la primaria, nos enteramos de una niña que quería ser hombre.

Al comenzar el receso, los niños la acorralaron.
Y a empujones y jalones la llevaron hasta el fondo del patio.
Y ahí, entre los árboles, comenzaron a patearla.
Bájenle los calzones a la machorrón esa para ver si es vieja, gritaban.
Para mí que Rosalinda es bato.

Hay que arrancarle el pajarito por marica.
Fue entonces cuando la desvistieron.
Yo estaba temblando.
Le quitaron la camisa.
No entendía qué hacía yo en medio de todo eso.
Le bajaron la falda.

Y al rasgarle los calzones descubrieron el horror entre sus piernas.
Una masa extraña hundida por mitad, que daba la apariencia de unos labios vaginales.
Pero distaban mucho de serlo.
Los niños guardaron silencio por un par de segundos, aterrados por lo que sus ojos veían.

Me sentí avergonzado.
Culpable.

Y me encogí como un caracol.
Hasta que alguien dijo:
¡Es un extraterrestre!
No seas idiota, respondió otro. Los extraterrestres no existen.
A mí no me engaña, este se cortó el pito.

¡Rosalindo el maricón!

¡Maricón! ¡Maricón!

Gritaban todos.

¡Péguenle al puto maricón!

Esa fue la primera vez que sentí que el filo de una palabra mutilaba mi ser.

¡Maricón!

Y desde entonces la aborrezco.

¡Maricón!, repetían a coro.

¡Maricón!

En ese momento mi sangre se elevó desde la planta de mis pies hasta la cabeza, haciendo que mi corazón se fragmentara.

Y justo estaba por meterles unos putazos a esos cabrones, cuando Bruno apareció para defendernos.

Traía un palo de madera grueso.

Le pegó a uno.

A otro.

Y a otro.

Eran como doce.

Y a todos se los chingó.

A todos.

La verdad es que fueron solo dos a los que logró ensartarles un buen golpe.

Porque cuando esos hijos de puta vieron a Bruno venir, se echaron a correr como perros encrespados.

Pero yo prefiero pensar que Bruno se los chingó a todos.

Quizá sea una forma de sentir que le hicimos justicia a Rosalinda.

No lo sé.

A mi hermano y a mí nos expulsaron del colegio.

Cuando mi madre llegó por nosotros, ella no sabía lo que estaba pasando.

Me da vergüenza mirarte mamá, hice algo muy malo, le dije.

Y ella solo me abrazó.

Después la directora le contó lo sucedido.

Sus hijos son unas bestias, dijo.

Pegarles con un palo a unos niños, de esa forma, es inconcebible.

Perdone directora, pero mis hijos solo se defendieron. Esos “niños” son peor que animales, desvistieron a Rosalinda, la agredieron, increpó mi madre enfurecida.

Señora, solo tienen ocho años, estaban jugando. No la iban a violar, por Dios.

¿Desvestir a una niña le parece un juego?

Sí.

Y cuando la directora dijo sí, mi madre emperradísima se abalanzó contra su escritorio.

La jaló de los pelos.

Y comenzó a zarandearla tanto como pudo.

Alcancía olmeca, a ver si esto te parece un juego. ¡Estúpida!, decía mi madre prensada a la cabellera de la directora.

Fue entonces, cuando el prefecto Morales, lo arruinó todo.

Entró a la dirección.

Agarró a mi mamá de la cintura.

Y la arrastró hasta la puerta de salida.

El que mi madre nos defendiera aquella mañana, de esa forma, me hace creer que de alguna manera diferente y extraña siempre buscó lo mejor para nosotros.

Mi historia desde niño ha sido un cúmulo de circunstancias, combinaciones y desafortunadas coincidencias.

Y esta es una de ellas.

John Morrrys llevaba veinte años desaparecido.

Los mismos veinte años que yo tengo de llamarme Nicolás. Nicolás Parker Montes.

De los Parker de Ensenada.

Y los Montes de Chabarrillo.

Mis apellidos no han variado desde mi nacimiento.

Pero mi nombre sí.

John Morrrys fue mi psicólogo, y casi un padre para mi hermano y para mí, hasta

desaparecer.

John era canadiense.

Se mudó a México en 1975, por cuestiones de trabajo, decía.

Lo recuerdo en todos nuestros cumpleaños, y en aquel viaje a Disneylandia cuando cumplimos doce, viaje que él patrocinó.

Porque nosotros no teníamos un quinto.

Lo veía más que a mi padre.

Incluso creo que lo queríamos más que a él.

Extraño a Bruno.

Aunque de niño me castraba parecerme tanto a él y al mismo tiempo no poder ser como él.

Lo compartíamos todo, hasta la ducha.

Puf, era la mejor parte del día.

Tapábamos la tarjea y esperábamos a que el agua llegara a la parte más alta del muro que rodea la regadera.

Eran unos quince centímetros, no más, pero para nosotros era como estar en un océano.

Hasta que cumplimos nueve y mi madre dijo que no podríamos volver a bañarnos juntos.

¿Por qué?, le pregunté.

Porque tu cuerpo está “cambiando”.

¿Cambiando?

Sí, cambiando.

¿Cómo?

Como... los caracoles, ¿ves que cambian de caparazón?

¿Voy a cambiar de caparazón?

Sí.

Pero yo no tengo caparazón.

Digamos que tu caparazón es tu cuerpo.

Voy a dejar de ser niña y ¡seré un niño como Bruno!

No, idiota. Olvida ese ejemplo.

Esta era mi oportunidad. Bruno y yo seríamos iguales, la misma cosa y entonces se dibujó una enorme sonrisa en mi rostro, que tardó poco tiempo en desaparecer, cuando comprendí que mi madre no se refería a eso, que los “cambios” no siempre nos llevan al lugar que uno espera, y que inevitablemente, son dolorosos.

A partir de entonces los culeros de mis papás intentaron alejarnos.

A mí me metieron en clases de pintura y a Bruno de futbol.

Pasaron los meses y me rehusé a ir a pintar estúpidos paisajes felices, con sus casas felices, matorrales felices y riachuelos felices. Yo estaba encabronado, muy encabronado y en mí no había un solo trazo de felicidad.

Lloraba cada vez que veía a Bruno partir y él tampoco la pasaba bien.

Así que una tarde, Bruno tuvo una idea.

Desde hoy irás tú a mis clases de futbol, me dijo.

Eso no se puede, refuté.

Claro que sí. Mira, la cosa es esta: tomamos las tijeras de cocina de mamá, te corto el pelo, te presto mi gorra y mi uniforme y nadie notará que eres tú y no yo, el que va al entrenamiento, mientras tanto, me encierro en tu cuarto y listo ¿cómo ves?

¿Y si nos regañan?

Qué más da, siempre lo hacen.

Pero...

Ya no seas marica.

¡Oye!

¿Qué?

Está bien.

Y entonces lo hicimos. Bruno me cortó el cabello, me puse su gorra, su uniforme de tiburoncitos, agarré sus tacos, los metí a mi mochila y me fui al entrenamiento de esa tarde, ahora sí, dibujando arbolitos felices por toda la ciudad, como Bob Ross.

Antes de salir, Bruno me dio el consejo que todo hermano que se precie de serlo, le da a su hermano:

Jamás te dejes hacer calzón chino. Do you know what i mean?

Brunooo deja de andar de huevón y sal que ya es tarde, gritó mi mamá.

¿Entendiste?, repitió Bruno.

Sí, le contesté.

Y nos fuimos.

De camino hacia el club, evité contacto alguno con mi madre, tenía miedo a que la voz o algo me delataran.

¿Traes las calcetas limpias, Bruno?, me preguntó.

Y solo asentí con la cabeza.

¿Quieres algo de tomar?

Y solo negué con la cabeza.

¿Cómo te fue hoy en la escuela?

No respondí.

Estás muy raro, niño, dijo mi madre y se fue.

Cuando llegué a la casa, ella obviamente lo sabía todo.

Porque así son las madres, como perros de aeropuerto, luego, luego se las huelen.

Mi mamá me pegó con el cable de la plancha.

Bruno estaba escondido en el filo de la puerta y desde ahí contemplaba mi sonrisa.

No necesitaba explicarle por qué sonreía.

Ambos lo sabíamos.

En una conversación con otras personas, por ejemplo, si algo nos detonaba una idea, nos mirábamos con la certeza de saber que pensábamos lo mismo. La gente muchas veces creía que teníamos nuestra propia plática mental y de alguna manera sucedía algo así.

Bruno y yo fuimos juntos, por muchos años, acumulando recuerdos y sacando conclusiones pendejas de la vida, pero siempre seguros de jalar pa el mismo lado.

Así que no necesitaba explicarle por qué sonreía esa tarde, a la par que mi mamá me daba unos putazos y vociferaba:

Mocosa, para que dejes de estar haciendo tus cochinas, tú eres vieja, puta madre, vieja.

Y así siguió nalgueándome, y yo sonriendo, recordando la cascarita que me había aventado con los tiburoncitos una hora antes, cuando suplantaba a Bruno.

Ahí la tiene, Bruno, arranca por la derecha, puede tocar para Nando, pero continúa

con el balón, se acerca Beto con el número 5, intenta robarle la pelota, pero Bruno la defiende, genio, genio, genio , ta , ta , ta , ta... goooool....goooool... Quiero llorar Dios Santo, quiero llorar... goalazoo, qué viva el futbol, quiero llorar. Bruno, esto es extraordinario, de qué planeta viniste... dejando en el camino tanto enclenque. Gracias Dios por este gol, por estas lágrimas, todos alcen los puños y griten por este majestuoso gol, Bruno, Bruno, Bruno. Perdónenme, pero es el sentimiento lo que me obliga a derramar lágrimas de alma deportiva.

Palabras más, palabras menos, fue lo que dijo el entrenador, con el llanto a todo lo que da.

O no.

La verdad es que a mí siempre me han gustado las historias largas.

Yo quería ser escritor, pero no pude.

Y me conformé con ser corrector de estilo de un periódico local.

Y ahora soy menos que eso.

Porque los cambios no siempre nos llevan al lugar que uno espera, e inevitablemente, son dolorosos.

A pesar de tener padres, siempre me sentí huérfano.

Así que cuando llegó John, volqué en él todo el amor que se le debe a un padre.

Y creí que él veía en Bruno y en mí a esos engendros regordetes que tanto rogó a Dios no tener.

Pero yo estaba equivocado.

Hace nueve meses John Morrrys cumplió veinte años de haber desaparecido. Veinte años de no saber de él.

Veinte años de odiarlo con la misma proporción con la que un día lo quise.

A él le debo mi amor por la escritura y por las historias largas e increíbles, de esas que escuchas pocas veces y que te dejan en el limbo, interrogándote, si son verdad o no.

Siempre nos leía cuentos y nos contaba historias, como aquella, la de los hombres caracol, seres que vagan por el mundo, caminando por mitades, divididos.

Con John siempre valieron más las cosas diminutas e imperceptibles.

Como el hecho de que nunca haya agarrado la chancla o una escoba para partimos la mollera, como lo hacían mis papás.

Los fines de semana nos llevaba al mar, buscábamos almejas y caracoles, los echábamos en una cubetota y volvíamos vueltos la chingada pa la casa.

El último en llegar es la novia del Fito, nos decía.

El fito era un teporocho obeso, más apestoso que la letrina de un israelí.

Ya en casa, mamá cocinaba y pasábamos la tarde comiendo almejas, caracoles, ceviches y cangrejos.

Todos éramos muy felices.

Al menos eso parecía.

Creía que John se interesaba en nuestras cosas.

Teníamos un diario personal, que le enseñábamos una vez al mes. En él yo anotaba todo, desde cuántas veces cagaba a la semana hasta los ridículos acrósticos que le compuse a Nancy, la vecinita de la cuadra.

John nunca dijo cosas como “eso está mal o no se debe”, jamás pronunció palabras como “machorra o marica”, nunca.

Recuerdo mucho un día que íbamos a Tijuana con mis padres a visitar a la abuela y en la terminal Bruno y yo moríamos por un chupirul, y mi madre dijo que no. Papá, queremos un chupirul. Ya escucharon. No

Así que John, que nos había dado el raite, apuntó:

Corro por unos, para que se los lleven.

Y mi madre ya colérica:

Con una chingada, qué no oyeron. No.

Bruno y yo estábamos decepcionados.

Darth Vader y Voldemort eran más inofensivos que esos dos buitres llamados padres.

Y nosotros tan solo unos niños indefensos.

El viaje se había arruinado.

Y justo estábamos por subir al bus, cuando vimos a John acercarse y de encubierto, meter una bolsa con cinco chupirules en nuestras mochilas.

Se había convertido en un héroe.

Nos había salvado.

Al menos el día, porque con los mierdas de mis padres todo era incierto.

Pasaron los años y recuerdo varias ocasiones a mi madre diciendo que la mejor solución a nuestros problemas era dejar de ver a John, pero nunca dijo por qué.

Así pasamos casi veinte años conviviendo con él y limpiándole hasta el culo, cuando se enfermaba.

Lo operaron de las hemorroides cuatro veces y las cuatro, le dimos su sopita con cuchara, día a día, en el hospital.

Yo lo quise como a un padre, hasta que conocí la verdad.

Hace nueve meses John Morrrys cumplió veinte años de haber desaparecido.

Y hace nueve meses, por la noche, mi padre recibió la llamada que cambiaría mi vida por tercera vez.

Aló.

¿Bueno?... ¿Eres tú Maximino Parker, el padre de Nicolás Parker?

Sí, él habla.

Mucho gusto, soy Bobby Rodríguez, ¿me ubicas?

No.

Cómo no, Bobby Rodríguez, del programa *Tabú* en el Nat Geo.

No.

Claro que me ubicas.

No.

Feos, putos y lesbianas, no te hacen nada. ¿Te suena?

No tengo la mínima idea de qué mierdas estás cantando.

No te preocupes, Maxi, basta con decir que hoy es tu día de suerte. Nos hemos enterado del trágico caso de tu hijo y queremos proponerte un *bisness*.

¿Un *bisness*?, preguntó el mañoso de mi padre.

Parece que nos estamos entendiendo, Maxi. ¿Puedo llamarte Maxi, verdad?

Si vas a pagar más de quinientas lanas, puedes llamarme cara de culo o como se te antoje.

...

¿De qué va la cosa?

Queremos hacer un reportaje para el canal, en el cual, cuentes la trágica historia de Nico, tu hijo. Ya sabes, algo emotivo, entrañable. Que venda.

¿De cuánto estamos hablando?

Mil quinientos, una torta y un chesco, dijo el conductor.

Mmm, dos mil quinientos, contestó mi padre.

Trato hecho. Fue un placer negociar contigo, Maxi.

Quinientos más.

¿Por qué?

Por llamarme Maxi.

Ah, peluchín, no se te va una.

El peluchín no estaba en el contrato, otros quinientos.

Y por tres mil pesos mi padre fue al programa.

Y ante las cámaras el ojete contó a todos mis secretos.

Y en vivo.

Por eso me echaron del trabajo.

Por eso dejé de ir al cine y al Kentucky.

Por eso la gente me ve con la misma extrañeza con la que se mira a una mujer de dos cabezas o a un hidrocefálico.

Por eso mis hijos ya no me quieren ver.

Y por eso mi ex esposa, Minerva, me echó de la casa, aunque lo niegue.

¡Mini!

No, por mierda.

¡Mini!

Que no. Juanito y Bety llegaron berreando del colegio:

¿Es verdad que mi papá es mujer?

¿Qué querías que contestara? ¿Qué querías que les dijera?

No sé.

La cagaste, imbécil, por qué tenías que írselo a contar a todos.

Fue mi padre, no yo.

Y por tres mil pesos, mínimo les hubieras sacado el millón. Con eso nos hubiéramos largado a la Patagonia para evitar las vergüenzas y asunto arreglado, pero no.

Tú sabías todo sobre mí, Mini.

Sí, pero no es lo mismo que lo sepa yo, a que lo sepa el mundo. Rompiste nuestra intimidad. Ahora todos se enteraron de que ni siquiera tienes pito. Ves cómo eres una mierda. Estoy jodida.

¿Jodida? Jodido yo, que perdí el trabajo y a mi mujer.

Antes de que mi padre expusiera mi vida en cadena abierta yo trabajaba en un periódico local como corrector de estilo, tenía una esposa, un perro y dos hijos que no eran míos, pero que amaba como propios.

Y ahora, así, sin más, no tenía nada.

Ni siquiera al Benyi chingando todo el día por sus croquetas.

Ya ni eso.

Rosalinda es... era la hija menor de Sara y Maximino.

Era la hija menor de los dos que concibieron, Bruno y Rosalinda.

Dos gemelos nacidos el mismo día.

A la misma hora.

Con tan solo un minuto de diferencia.

Dos gotas exactamente iguales escurriendo del mismo grifo.

Una detrás de la otra.

Pero con un destino propio.

Igual de aberrante.

Pero propio.

Mi nombre es Rosalinda, Rosalinda Parker Montes.

De los Montes de Chabarrillo y los Parker de Ensenada.

Pero pueden llamarme Nicolás.

Mi éxodo hacia el sur es de familia.

A partir de que cumplí los doce años, cada seis meses y en quincena, mi padre llegaba a casa a la hora de la comida y decía cosas como:

Me volvieron a correr de la chamba, vieja, otra vez por culpa de la Rosalinda.

Ayer la vieron las chismosas de finanzas besuqueándose con la hija de la dueña de

la tiendita o ...

Me lleva la tostada, el de recursos humanos encontró a la niña encaramada con una mocosa entre los sabritones o...

Rosalinda le preguntó a la esposa de mi jefe, si podía morderle su muslito. Ya no puedo más. Nos mudamos.

Decía, con tono enérgico.

Nos mudamos.

Nos mudamos. Nos mudamos. Nos mudamos.

Es la octava vez que pasa esto. Nos mudamos.

Y nos llevaba lejos.

Muy lejos, para tapar mi falta.

Así recorrimos la república.

Siempre hacia el Sur.

Empezamos por Ensenada.

Y terminamos en Mérida.

Huimos.

Huimos del chismerío y las burlas.

Al principio todo marchaba bien en la nueva ciudad, en nuestra nueva casa y con los nuevos vecinos.

Pero llegaba algún domingo de liquilla y mi padre se apendejaba.

Te vas en chinga a la tiendita, me decía, y le pides fiado un pomo de los buenos a la verdulera.

Pero a mí no me gustaba pedir fiado y mejor lo pagaba.

A mi modo, pero lo pagaba.

Hija de la tiznada, gritó mi madre la primera vez que me encontró negociando nuestras deudas con la Goya, la hija de la dueña de la tiendita.

Pervertida.

Te juro que no metí la lengua mamá, fue solo un beso de piquito.

Vete a la casa y no quiero verte a menos de tres punto tres metros de distancia de cualquier miscelánea, tienda o supercito. ¿Entendiste?

¿Los oxos cuentan?

Cabrona.

La Goya fue mi primer amor.

De esos que dicen que no se olvidan.

La conocí cuando tenía catorce.

El día que llegamos a vivir a Villahermosa.

Rosalinda ve a la tienda por seis tomates y dos chiles secos para la salsa, me ordenó mi madre.

Me caga que me digan Rosalinda.

Más bien, me caga llamarme Rosalinda.

Estaba lloviendo, así que tomé mi chamarra de piel. John Travolta, Vaselina...

¿Me captan?

Y me fui a la tienda con la única cosa femenina que adoraba.

Cuando llegué, la Goya estaba despachando.

Traía unos pantalones entallados, un blusón que parecía de su mamá y un copetazo hecho con Acuanet.

Me pareció hermosa.

Mucho más hermosa que Marilyn Monroe en bikini, a pesar de tener las patas flacas.

Hola, me dijo.

Y me quedé trabado.

Diluido.

Como un helado derritiéndose por los rayos del sol.

Hola, repitió.

E a, hola.

¿Eres nueva aquí?

No, digo, sí, bueno no, no tanto o quizás sí, bueno solo un poco... Debes pensar que soy idiota.

¿Qué?

Que me gusta andar en Pelotas.

¿Qué?

Que ... que... soy bueno jugando a la pelota.

¿Ah?

Buena, buena jugando a la pelota.

Por esos días ya intentaba hablarme a mí mismo como si fuera un hombre, incluso, con voz de hombre.

Pero no en público.

¿Y en qué grado vas?, me preguntó.

Segundo de secundaria, contesté.

Yo también.

¿Tú también?

Sí.

...

¿Y en qué escuela te inscribieron?, dijo.

Creo que mi mamá quiere que vaya a una que está frente a las Galas, a dos cuadras de aquí.

¿La Antonio?

Sí, esa.

Yo voy ahí.

¿Neta?

Sí.

No podía ser real tanta coincidencia.

Solo que yo voy por las tardes.

No era real tanta coincidencia.

Mamá, por favor, no quiero ir en la mañana.

Le supliqué a mi madre en cuanto llegué a casa.

No insistas, Rosalinda, vas a ir en la mañana.

Por favor. Te juro que usaré la falda del colegio.

No.

Tomaré mis hormonas todos los días, pero déjame ir en la tarde. Anda, ¿qué te cuesta?

No.

Lavo los trastes, baño al perro, tiendo la cama, me siento para orinar.

Está bien.

Y así fue como la Goya y yo nos volvimos compañeros de colegio.

Lo máximo a que podía aspirar era a ser su mejor amiga y nada más.

Para mí eso era suficiente.

Yo entonces estaba resignado a ser una mujer, casarme, tener hijos y ser infeliz por el resto de mi vida.

Todas las noches, después de fregar baños, darle de comer al perro y hacer todas esas idioteces que le había prometido a mi madre, tomaba el libro de chistes que mi abuela me había regalado en Navidad y me aprendía dos o tres, para al día siguiente contárselos a la Goya.

Dos amigas.

Aja...

Le dice una a la otra:

¡Me compré un reloj nuevo!

¿Qué marca?

¡La hora!

...

Y ella sonreía.

Y entonces yo pensaba.

Voy por buen camino, ya somos amigas.

Hasta que tres meses después, la Goya me besó.

Así, sin más.

Me besó.

Pude escuchar *Never let me down again*, de Depeache Mode en mi cabeza, mientras aferraba sus labios a los míos.

Mi primer beso, guao.

Este era mi primer beso.

Y detrás de un enfriador de jamones, ocultándonos de todos... Pero olvidamos que el enfriador era de cristal.

Sí, me da un kilo de... Hija de la tiznada, gritó mi madre. Lárgate de aquí Rosalinda.

Vete a la casa, no quiero verte a menos de tres punto tres metros de distancia de esta mujer.

Durante una semana mis padres no me dejaron ir a la escuela. Cortaron el cable del teléfono.

Todas las mañanas, antes de ir al trabajo, mi mamá se cercioraba de que las puertas de mi casa estuvieran con llave.

Y atrancaba las ventanas para que no pudiera escapar.

Hasta que por fin un día pude ir a la secu.

Y entonces le pedí a la Goya que nos fuéramos a vivir juntas.

¡Pero ni siquiera soy tu novia!, me dijo.

Tienes razón, contesté.

...

¿Quieres ser mi novia?

Robamos el Hikari de mi jefa.

Y empacamos lo necesario.

Cobijas, ropa, champú, los VHS de Follow Muzzy, por si un día nos vamos a vivir al gabacho, le dije.

... tenedores, cucharas, papel de baño...

Y huimos.

Mientras manejaba por la carretera a toda velocidad, ideé todo un plan para mantener a la Goya.

Y es que no importaba que tuviéramos tres mil pesos en monedas de a cien.

Esto era mejor que cualquier novela romántica.

Y de las buenas.

Mucho mejor.

Vivimos así por diecisiete días, hasta que la Goya no pudo más.

Llévame a mi casa, me dijo.

¿Por qué?, le pregunté.

Llévame a mi casa.

¿Por qué?

Porque no he tragado en cuatro días más que un puto pambazo de frijoles. Ya no

quiero vivir así.

Y nos regresamos.

Ella sabía que regresar implicaba separarnos uno del otro.

Pero no le importó.

Fui a buscarla un par de veces a su casa después de eso.

Aventaba piedritas al cristal de la ventana de su cuarto, pero parecía no escuchar.

Hasta que un día, por fin la Goya se asomó.

Estaba emocionado.

Ella alzó las manos y comenzó a agitarlas.

No entendía lo que quería decirme.

Seguro era un “te amo”, “te quiero para padre de mis hijos”, qué sé yo.

Y ella movía más y más las manos, excitada.

Hasta que de pronto la escuché:

¡Corre, Rosalinda! ¡Corre, que mi padre te va a agarrar a putazos!

Me decía:

¡Corre!

Y corrí.

Corrí y corrí.

Y conforme corría, iba gritando:

¡Auxilio! ¡Ayúdenme por favor!

Como en las telenovelas.

¡Auxilio!

¡Te voy a partir, tu madre, retorcida de mierda!, vociferaba mi ex suegro, mientras me perseguía.

Te voy a partir, tu madre.

¡Auxilio!

Un señor que estaba podando el cespéd escuchó mis súplicas y con machete en mano le dijo:

¡Qué pedo!

Y el papá de la Goya:

¡No, nada!

Pero yo corría más y más.

Y la Goya:

¡Ya no corras, Rosalinda! ¡Ya no corras! ¡Mi jefe se detuvo! ¡Ya no corras!

Pero yo corrí más fuerte.

Hasta que llegué a mi casa, entré a mi cuarto, eché llave y me escondí debajo de la cama. No es que sea un cobarde, pero uno nunca sabe.

A la mañana siguiente nos mudamos a Salina Cruz.

Y no volví a ver a la Goya.

Nunca.

Pero si de alguien puedo estar orgulloso es de ella.

Gritar a los cuatro vientos que era gay en aquellos días era todo un suceso.

Y es que literalmente lo gritó esa mañana en el colegio. Antes de fugarnos, se paró a media cancha y dijo lo más fuerte que pudo:

Soy gay.

Intenté tapar su gran boca con mis manos. Pero ella me mordió.

Soy gay, volvió a decir. Y la amo. Amo a Rosalinda, la amo.

Sentí vergüenza por lo que estaba diciendo, pero en el fondo estaba emocionado.

Putá, decía que me amaba, qué podía hacer yo contra eso.

De niña mi mamá me gritaba:

Rosalinda, tienes que usar toallas cuando reglas.

Yo no reglo, mamá.

Pero lo harás.

“Rosalinda tienes que comer con la cuchara, no con el cepillo de dientes; no abras las piernas, mocosa, que te están viendo los calzones los del auto lavado; Rosalinda, vístete como una mujercita; no juegues fútbol”, y todo eso tenía que hacerlo luego de que me lo decía, sino me daba con el cinto o me aventaba el llavero de metal a la cara.

Pero ahora tenía veinte años.

Ya había salido de varias relaciones a pesar de seguir extrañando a la Goya.

Estaba convencido de que me gustaban las mujeres.

Que no quería más ser una mujer.

Y que por más esfuerzos que hicieran mis padres por convencerme de que mi sexo era el femenino, había muchas cosas que me indicaban lo contrario.

Desde niño he tenido que lidiar con operaciones todo el tiempo.

Y desde que tengo uso de razón las hormonas han sido el bolillo duro de cada día.

Algo extraño pasó cuando naciste.

Es una enfermedad congénita.

Tu vagina es diferente.

Me decían.

¿Y las operaciones?

Simple rutina.

¡Mis huevos!

Tú no tienes huevos, Rosalinda.

¡Mis huevos!

Basta, Rossi, todos somos distintos.

Yo más.

Recuerda, eres como Superman.

Mamá, tengo veinte años, no tres.

Ay, hija, tú siempre dejándote llevar por las apariencias. Por eso te agarran de pendeja.

Los únicos que me agarraron de pendeja fueron ustedes, de haber sabido la clase de padres que eran, en lugar de hija, les hubiera dado una santa putiza que en su vida se me volvían a acercar. Digan la verdad.

¿Cuál verdad?

La puta verdad.

No hay ninguna verdad.

Mi cosita es más extraña que la de cualquier mujer. Y mira que la de la Goya estaba rara...

Santo Cristo... Mi niña.

No soy una niña, mamá. Lo único que me hace diferente de mi hermano Bruno son

estos pelos de Amanda Miguel, que ya me tienen hasta la madre y mis pechitos, pequeños y colgados. Que viéndolos bien, no cuentan. De ahí en más, parezco manatí, tengo pelos hasta en la uña del dedo gordo y voz de trailerero... Ya lo pensé. Me quiero operar. Quiero dejar de ser mujer.

¿Qué, piensas hacerte la jarocho?

Mamá, no tengo pito.

Bueno. Tú me entiendes.

Quiero dejar de ser mujer, solo eso.

Un día Bruno encontró un artículo en una revista sobre transexuales y me la mostró.

No necesitamos decir más.

Ambos supimos que esta era la respuesta a mi forma de ser y de sentir.

Yo era un chico trans. No había duda.

La mayoría de los hombres transexuales tienen más hormonas masculinas que femeninas, es por eso que no encajan, como yo.

Los transexuales según la *Selecciones*, son personas que no se identifican con su sexo biológico y quieren ser aceptadas y vistas con el sexo al que dicen pertenecer.

Y lo mejor de todo es que pueden operarse.

En 1995, cuando yo les confesé a mis padres que quería ser hombre, la medicina ya estaba tan avanzada que existían cientos de casos en el mundo de reasignaciones de sexo y con muy buenos resultados. Y yo quería ser parte de las estadísticas.

Creí que después de todo eso mi vida de mierda desaparecería. Sin dejar rastro, como la Goya.

Pero no era así.

Bruno y yo siempre fuimos como una hoja dividida en dos.

Es decir, la misma cosa.

Cuando yo quería jugar a los soldados...

Él también.

Cuando yo quería usar shorts...

Él también.

Y cuando a mí me gustaba una niña...

A él también.

Acababan de expulsarnos de la prepa por cacharnos fumando mariguana en el baño de la cafe.

Y del edificio donde vivíamos, porque mi padre no pagó la renta.

Ya en la nueva casa, conocimos a María Eugenia, alias la Maru.

Cuánto a que no te ligas a la Maru, me dijo Bruno. Dale un beso.

Dáselo tú, le contesté.

Pero te gusta a ti Rossi.

A ti también.

Ok.

Yo me había sacrificado para que nuestro amor por Maru triunfara y Bruno no podía defraudarme, tenía que besar a aquella niña.

Y lo hizo.

Porque sabía que de alguna forma, besarla significaba para mí estarla besando también.

Al final de cuentas éramos la misma hoja.

A partir de entonces, Bruno se hizo novio de la Maru, así que salíamos con ella y sus amigos.

Yo en aquel tiempo aún me vestía de mujer.

Una mujer un tanto masculina.

Pero una mujer a fin de cuentas.

Trataba de pasar inadvertida, de no hacer y decir nada para no levantar sospecha.

Por aquellos días la cosa estaba muy cabrona.

Los gays eran peor que el ántrax.

Y yo tan solo quería cuidar mi integridad.

Hasta que alguien me preguntó:

¿Es verdad, Rosalinda, que a ti te decían maricón en la primaria?

¿Qué?

Alguien había rajado.

La primaria la cursé en Ensenada. Ahora vivíamos en Morelia.

Ninguno de ellos me conocía de antes.

Y no es que existiera en ese entonces el Facebook, si acaso el Latin chat, pero no. Alguien había rajado y ese alguien, ese alguien era Bruno.

Cuando llegamos a casa, lo enfrenté.

Me traicionaste.

Te juro que yo no fui, te lo juro.

Me traicionaste.

Tal vez se lo conté a la Maru, pinche chismosa, perdónala, ya sabes cómo son las viejas.

Y entonces le solté el putazo, uno, otro... Y él me respondió toditos.

Quería que viera que no era un maricón.

Porque el ser humano necesita demostrar quién es para ganarse su lugar en este mundo.

Pero yo no demostré ni madres.

Porque los dos terminamos igual de jodidos, con la ceja rota y las costillas moreteadas.

Nos dejamos de hablar por cinco años.

Cinco largos años.

Hasta aquel día que llegó con la *Selecciones* y me dijo:

Toma para que la leas.

Quiero la verdad, le dije a mi madre.

¿Cuál verdad?

La verdad.

No hay ninguna verdad.

Mi cosita es más extraña que la de cualquier mujer. Y mira que la de la Goya estaba rara...

Santo Cristo... niña.

No soy una niña, mamá. Ya lo pensé. Me quiero operar. Quiero dejar de ser mujer.

¿Piensas hacerte la jarocho?

Mamá, no tengo pito.

Tú me entiendes.

Mamá, por favor, dime qué pasa conmigo, por qué soy así.
No insistas, no hay nada que averiguar, deja las cosas donde están, Rosalinda.
Entonces cerré mi puño y poco antes de asestarle el golpe.
Vi que de sus ojos caían lágrimas.
Sabía que estaba fingiendo.
Siempre quiso ser actriz.
Se lo tenía bien estudiado la muy perra.
Pero aún así me dolió.
Las mamás son las únicas personas en el mundo capaces de estrujarnos los huevos a tope, sobre todo cuando están de chantajistas.
Solo por eso me contuve.
Contra mi naturaleza.
Me contuve de reventarle el hocico.
Porque yo estoy hecho para lastimar.
Al igual que ella.
Y al igual que Bruno.
Eso también nos viene de familia.
Es nuestro sino.
Aunque a Bruno no le funcionó.
Porque en el fondo era tan sensible que no pudo soportar la realidad.
Siempre se sintió responsable de mí.
Y culpable por lo que yo no era.
A Bruno lo perdí en un viaje hace seis años.
Por atascado.
Bruno, cabrón, deja de meterte esas madres, le decía.
Son vitaminas, loco, me contestaba.
Ni madres, deja esa chingaderas.
¿Quién te quiere? ¿Quién te quiere?
...
Ja, pues yo, ahuevo mi Rossi, ahuevo.
No me digas Rossi.

Cómo quieres que te diga, ¿Roso? ¿Mi Rosolindo? Suena a albur, cabrón.

Después de un rato mi madre pudo decir algo.

El diecisiete de enero de 1975 a las veinte horas

Si vas a decir algo, dilo en serio.

El diecisiete de enero de 1975 a las veinte horas...

Deja de repetir fechas, pareces efeméride.

El diecisiete de enero de 1975 a las ocho de la noche...

Mmmm...

... en el hospital general de Ensenada, Baja California, una mujer dio a luz a dos varones. Gemelos. Minutos más tarde, el doctor López apoyado por cinco practicantes, les realizaba a estos pequeños la circuncisión, pero algo salió mal. Los médicos utilizaban un cauterizador eléctrico, pero un fallo en la corriente provocó que le quemaran el pene a uno de ellos. El miembro del pequeño, con los días, necrosó. Para después desprenderse de su cuerpo totalmente. Los padres de estos bebés no tenían ni puta idea de qué hacer. A dónde ir. Era 1975, no había tantas opciones como ahora y tampoco había dinero. Al menos no el suficiente para poder curarte.

...

Nos hablaron de un psicólogo canadiense, muy bueno. Una eminencia. Justo había venido a Tijuana a dar una cátedra para la universidad. Viajamos hasta allá. El hijo de puta prometió ayudarnos, dijo que el sexo no dependía de nacer hombre o mujer, que todo consistía en la forma en que nosotros te educáramos. Y le creímos. Él tenía toda una teoría sobre eso. Así que le creímos. Entonces te operaron para hacerte una vagina artificial. Te cortaron los testículos. Te dimos estrógenos diariamente. Te críamos como mujer. Te vestimos como mujer. Te llamamos Rosalinda, un nombre de vieja.

Así no me veas, dijo mi padre encogiendo los hombros. Yo no tuve nada que ver.

Siempre dije que Rosalinda era muy joto.

Cierra el puto hocico, inútil, refutó mi madre.

Ella siguió hablando por mucho tiempo.

Dando excusas.

Razones para justificar esta crueldad.

Pero no había una razón válida.
Me convirtieron en algo que nunca fui.
Y ya no había remedio.
Mutilaron mi cuerpo.
Mis emociones.
Mi capacidad de sentir.
De tocar.
De amar.

Cuando todo terminó.
Solo para no errarle, pregunté:

¿El psicólogo es John Morriss?

Sí.

Acto seguido me di la vuelta y me fui para siempre de esa casa.

No sin antes chingarles el Hikari.

Por putos.

Creo que lo que más me dolió de todo esto es que jamás iba a poder tener hijos con la Goya, ni con nadie.

Ni hablar.

Desde entonces mi vida ha sido andar de hospital en hospital.

De niña por mi vaginoplastía.

Y de grande porque intenté ponerme un pene.

Pero fue imposible.

Ahora pueden entender lo de las constantes infecciones, mi olor a mojarra fétida y las hormonas que me empaqué durante años.

Anoche vino Bruno a despedirse mientras dormía.

En el sueño estábamos sentados en las gradas del deportivo Sullivan de allá de Ensenada, viendo el amanecer.

Pensando en todo lo que ha sido nuestra vida, tratando de explicar por qué soy así o por qué somos o fuimos así. Con gustos oscuros y siempre buscando conocer y entender las cosas inexplicables, como la muerte o las abducciones.

Cuando escribo, porque aún escribo, para mí, pero escribo, trato de que todo parezca felicidad, pero siempre sabe a felicidad fingida, como si detrás de los personajes hubiera un demonio o un emo escondido, listo para dar el salto.

A veces creo que me gusta provocar sensaciones feas en los demás, no lo sé.

Bueno, a Bruno le pasaba lo mismo, él tocaba la jarana y no sé cómo mierdas le hacía para dejar chillando a todos, cuando interpretaba el Colas y Nicolás.

Pues anoche Bruno y yo hablamos de eso, cada uno con sus recuerdos recreó la vida de mamá y de papá y le encontramos justificación a todo, pues aunque lo más que recibimos de ellos fue una sonrisa o una palmada en la espalda, en el fondo nunca dudamos de su amor, al menos no por completo. A nosotros nunca nos dijeron “te quiero”, por eso yo no sé decir “te amo”. Por eso a las chicas siempre les aplasto la cabeza o les tuerzo los brazos, cuando en realidad muero por tener sus dedos entrelazados con los míos.

Y entonces el sol se ocultó en aquel estadio y Bruno y yo nos despedimos.

Dijo que iría a la playa y que se escondería en el mar, entre las olas y la arena, que eso lo haría sentir bien.

Al despertarme supe que yo debía hacer lo mismo.

Tengo cuarenta años.

Es lunes.

Y hoy es mi día de suerte.

El estado del tiempo y el DHL lo saben.

Hoy es mi día.

Y hoy todo va a salir bien.

Porque hoy quiero hacer las cosas bien.

Y entonces las cosas tendrán que salir bien.

Porque así es esto.

A todos nos pasa.

Una vez en la vida.

Pero nos pasa.

Si les ha pasado, lo sabrán.

Si no, entenderán de qué se trata, cuando de pronto el cielo tenga olor a chicle Trident. Acabo de intentar coger con una rubia oxigenada de barriga grande y nalgas prominentes.

Estoy fuera del Walmart, listo para largarme a la playa.

O a la verga, qué más da.

Pero hoy no vengo solo.

Mi viejo amigo, John Morrrys, está aquí conmigo.

Lo traigo en la cajuela.

Hace unos diez minutos, golpee el cráneo de John con el bastón de mi automóvil y eso no me hace sentir bien.

A pesar de que me gusta lastimar a la gente.

Hoy no me hace sentir bien.

Aún llueve.

Y la lluvia me invita a extrañar el mar.

El mar.

El mar.

John Morrrys lleva veinte años huyendo, veinte años, escondido en favelas como rata.

Sabe que la policía lo está buscando.

Pero qué más da, hoy quiero ponerle fin a esta truculenta historia.

Voy rumbo a la playa.

A medio camino me detengo y coloco a John en el asiento del copiloto. Cuando yo era niño, me gustaba ir de copiloto junto a él.

Me hacía sentir importante.

Ahora es el turno de John.

¿Te sientes importante, Jhon?, le pregunto.

¿Te sientes importante junto a mí?

Pero no contesta.

A pesar de que le quité la mordaza, no contesta.

Pasan horas.

Llegamos a la playa, una playa virgen a las afueras de la ciudad.

Es de noche.

El vejete camina lentamente hacia la arena y se sienta a contemplar el mar. Parece un bebé indefenso, es tan diminuto.

Tengo claro que quiero librarme de él y seguir mi camino, lejos, supongo.

Me acerco.

Rosalin... , me dice.

Nicolás, le aclaro.

Rosalin...

Nicolás.

Aquí voy a parar. Supongamos que en este momento Jhon Morris dice algo razonable, algo que me hace de algún modo sentir más aliviado, algo que es capaz de soldar la fisura más profunda en mí. Me gustaría que algo así hubiera sucedido. Me gustaría contarles lo que dijo en realidad, pero es que ni siquiera lo recuerdo. Y es que en el fondo sé que cualquier cosa por buena que hubiera dicho, nunca será suficiente ... es más, ni siquiera ahora yo sé qué es eso que siempre he necesitado escuchar.

Uno pasa tanto tiempo recreando un encuentro, que cuando sucede, por fin comprendes que la vida va de otra cosa.

Y entonces tomé el bastón.

Me acerqué para reventarle el cráneo con todas mis fuerzas.

Y vi el mar.

Y en el mar estaba Bruno, mirándome.

Putra madre, pensábamos lo mismo.

...

Total. Le perdoné la vida a Jhon Morriss.

Así se debe sentir Dios al regalárnosla.

Y se siente bien.

Chingón.

Porque el dañado daña, pero esa es una decisión.

Haremos de esto una buena novela con final feliz.

Siempre me gustó escribir novelas.

Ahora escribo una sobre un hombre en la playa llamado Nicolás.

Comienza con algo así:

Tengo cuarenta años.

Y esta es mi confesión:

Sí, yo maté a John Morrys.

Y en verdad murió, al menos para mí.

Y como los caracoles decidí cambiar de caparazón.

Y refugiarme en uno nuevo, sin tanto smog, ni tanta mierda.

Uno que a diario huela a chicle Trident, solo a eso.

Solo a eso.

No sé cómo termine esta historia.

Por hoy solo pensaré en la playa.

Me encantan las playas.

Y el olor a sal.

Debería vivir en la costa.

Comprar una casa.

Y hacerme de otra mujer con dos hijos, como Minerva.

Pero menos culera.

Y olvidarme de todo.

Inventarme otra historia.

Una donde existan los hombres caracol.

Con dos sexos.

Dos rostros.

Y una sola cabeza.

Una donde Dios no se robe las estrellas.

Y me permita contemplar el firmamento.

Aquí, sentado junto al mar, con las olas abrazando mis pies.

Ahora me siento mejor.

Completo.

No es tan tarde para reparar el daño.

Eres libre John.

Somos libres.